

Francesc Tosquelles

# **FUNCIÓN POÉTICA Y PSICOTERAPIA**

**UNA LECTURA DE  
«IN MEMORIAM»  
DE GABRIEL FERRATER**

Traducción de José García Ibáñez

Colección Psicoterapias  
FUNCIÓN POÉTICA Y PSICOTERAPIA. UNA LECTURA  
DE «IN MEMORIAM» DE GABRIEL FERRATER

Traducción: José García Ibáñez

Primera edición en castellano: noviembre de 2014

© Herederos de Francesc Tosquelles  
© de esta edición:  
Ediciones OCTAEDRO, S.L.  
Bailén, 5, pral. – 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68  
octaedro@octaedro.com  
octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-593-8  
Depósito legal: B. 23.371-2014

Impresión: Novagràfik

Impreso en España – *Printed in Spain*

---

# Índice

Prólogo, Antoine Viader	9
I La función poética del lenguaje	15
II Estudio del poema IN MEMORIAM	79
III Mi compromiso como actor y testigo de los primeros días de la guerra civil en Reus	171
Anexo: IN MEMORIAM (bilingüe)	191
Nota bibliográfica	
Principales ediciones de la poesía de Gabriel Ferrater	211
En catalán	213
En castellano	213
Nueva edición póstuma	214
Libros de interés sobre Gabriel Ferrater	214

---

## Prólogo

En lugar de dirigirme al Dr. José García Ibáñez o referirme al Dr. François Tosquelles, prefiero simplemente hablar a mi amigo Pepe, y hacer referencia a Tosquelles o incluso a Tosq, familiar y amigable diminutivo utilizado por todos sus amigos e incluso por su mujer.

Pepe y yo nos conocemos desde las jornadas de Reus, organizadas por Tosquelles hace mucho tiempo. Nos ha guiado y acompañado durante años en nuestros itinerarios psiquiátricos.

Lo que nos ha unido, a Pepe y a mí, aparte de nuestra amistad espontánea, es sin duda nuestra fidelidad al pensamiento y la acción de Tosquelles.

Acerca de este libro, entre Pepe y yo se ha tratado de un cruce de traducciones; la mía del catalán al francés en 2003 y la suya que acaba de terminar, del catalán al español. Entonces se cumple una reciprocidad ofreciéndome escribir este prefacio, cuando él había hecho el de mi traducción.

Hay que decir, tal vez, que Tosquelles no podía escribir este libro, consagrado en gran parte a la poesía de Gabriel Ferrater, más que en catalán, analizando sus poemas, las estrofas, sus versos, sus palabras, sus ritmos, sus músicas.

Pepe y yo somos traductores aficionados, mientras que el propio Gabriel Ferrater era poeta, lingüista y traductor. Nosotros hemos tratado de no traicionar el pensamiento de Tosquelles.

Si lo hemos logrado, tal vez en parte, es porque los dos hemos estado muy próximos a Tosq. No se trata de empatía, de ponerse en su lugar, solamente una profunda simpatía, y también lo que él nos ha aportado,

así como otros muchos, a lo largo de estos años. Su saber, sin duda, pero también la acogida calurosa y sin concesiones ofrecida a nuestra ignorancia o más bien nuestro aprendizaje interminable. No se trataba de transformar nuestro aprendizaje en un saber completo, sino, más bien, de una apertura mostrándonos el camino a seguir, lo que se podría asociar a aquello de Antonio Machado: «Se hace camino al andar». El camino, en cualquier caso, que lleva al reconocimiento del valor humano de la locura que él siempre ha defendido y reivindicado.

Dicho esto, si los lazos de amistad entre Francesc Tosquelles, Pepe y yo no tienen mucha importancia para los lectores de este libro, hacía falta, sin embargo, señalar este punto.

Lo que cuenta en este libro es el estrecho lazo entre la función poética y la psicoterapia. Podemos decir que constituye una especie de telar en el que no podemos deshacer un hilo sin deshacer otro.

En este libro, Francesc Tosquelles se refiere a Roman Jakobson, un lingüista que desarrolla en uno de sus libros, *Ensayo de Lingüística General*, la noción de función poética del lenguaje. Esta función no es la poesía.

Sí domina en la poesía y otras artes, y se infiltra también en los textos, incluso científicos y técnicos.

Se acerca a Charles Baudelaire: «La imaginación es la más científica de las facultades, porque sólo ella comprende la analogía universal». Y Elie Faure, gran crítico de arte, continúa: «Este poeta no ignoraba que el científico es el poeta y que no es culpa del científico ni culpa del poeta, si nosotros mismos comenzamos a vernos».

Estos dos enfoques van de la mano para Francesc Tosquelles, que nunca dejó de reivindicar su función médica mientras dice, medio en broma, que la medicina es una parte de la psiquiatría. Aquí encontramos los fundamentos de la psicoterapia institucional, movimiento ya iniciado antes de la guerra civil española por Tosquelles, y nombrada de esta manera más adelante, en 1952, por Daumezon y Koechlin.

Tosquelles asienta este enfoque en dos patas: el marxismo y el psicoanálisis. En pocas palabras, el marxismo por lo que se refiere a la alienación social y el psicoanálisis por la alienación de la psicopatología. Hay que recordar que la primera traducción de las obras completas de Freud fue elaborada en España por iniciativa del filósofo Ortega y Gasset mucho antes de la *Standard Edition* de Strachey.

No se puede desarrollar aquí este movimiento de la psicoterapia institucional. Así que hay que limitarse simplemente al contenido de este libro y la articulación entre la función poética y la psicoterapia.

Dado que menciono a Charles Baudelaire, podemos recordar la primera estrofa de «In Memoriam» de Gabriel Ferrater:

Cuando estalló la guerra, yo tenía  
catorce años y dos meses. De momento  
no me hizo mucho efecto. La cabeza me iba  
llena de otra cosa, que todavía ahora  
juzgo más importante. Había descubierto  
*Les Fleurs du Mal* y eso quería decir  
la poesía, ciertamente, pero  
hay otra cosa, que no sé cómo decir  
y es la que cuenta. ¿La revuelta? No.

¿Qué es la otra cosa que Ferrater no sabe cómo decir? Tosquelles lo designa como el inconsciente. Él habla de ello en «In Memoriam» y en otros poemas, especialmente en el último, «Teseo».

Tosquelles habla del sujeto de la enunciación en oposición al yo consciente. Hay que añadir la afirmación de Jacques Lacan: «el inconsciente está estructurado como lenguaje».

Tosquelles era médico, psiquiatra y psicoanalista. No se ocupaba únicamente de sus pacientes sino también de personas en formación, en grupo o individualmente con psicoanálisis de los llamados didácticos.

Lo que contaba para Francesc Tosquelles, sea en psicoterapia o en la lectura de un poema, eran no tanto las palabras enunciadas como el ritmo y las cadencias, las vacilaciones y los silencios, los suspiros, un movimiento involuntario. Estaba menos interesado en las metáforas que en las connotaciones, significaciones secundarias, significantes a veces casi inaudibles o incomprensibles, pero que crean la indispensable polifonía del discurso.

Así que podemos decir que la función poética del lenguaje obra tanto en la psicoterapia como en la poesía misma.

Sabemos el compromiso de Francesc Tosquelles en la política y en la psiquiatría. Lo precisa en la última parte de este libro.

No hay psiquiatría ni psicoterapia institucional, independientemente de la política.

Solo hay que ver cómo los nazis trataron a los enfermos mentales en Alemania, incluso antes de la «Solución final» y el Holocausto, y cómo 40.000 pacientes internados en manicomios durante la ocupación francesa murieron de hambre. Es preciso leer la tesis de Max Lafont «La exterminación dulce». Sin embargo, no era inevitable.

En St. Alban, Tosquelles y su equipo se esforzaron y lograron que ningún enfermo muriera de malnutrición en esa época. Se puede decir que fueron situaciones extremas. Pero la segregación de los locos dura desde hace mucho tiempo en las sociedades occidentales y está creciendo de forma insidiosa. Si antes se consideraba a los locos como animales o, hacia 1850, como degenerados, las teorías actuales neopositivista o científicas lo siguen haciendo: así, ciertos cognitivistas consideran que los esquizofrénicos o los discapacitados intelectuales son menos humanos que los simios. Y la palabra «locura» desaparece de los nuevos manuales como el DSM en favor de los trastornos del comportamiento. No insisto.

Se puede consultar el último libro de Patrick Coupechoux, *Un hombre como tú. Ensayo sobre humanidad de la locura*. Un libro exhaustivo sobre el tema.

Conviene también leer completamente la cita de Tosquelles fijada en la fachada de Villablanca en Reus y el Hospital de St. Alban: *Sin el valor humano de la locura es el hombre mismo el que desaparece*.

Esto es lo que puede ocurrir, por desgracia. Hace ya quince o veinte años, Maldiney exclamó: «El hombre no está ya en el hombre». La razón y la locura no se pueden separar. Si la razón se pierde, te vuelves loco, pero si se pierde la locura es la humanidad del hombre que desaparece. Nos corresponde a todos tratar de reintegrar humanidad, razón y locura en el hombre.

Si señalo al final de este prólogo el compromiso profesional y político de Francesc Tosquelles, no podemos olvidar la presencia de su esposa Helena, su compañera durante toda su vida.

Antes de concluir, vuelvo a ti, Pepe García Ibáñez. Pienso que tu ejercicio era más difícil que el mío. He nacido en Cataluña, por lo que mi lengua materna es el catalán, como Tosquelles. Y vivo en Francia desde la edad de diez años. Mientras que tú, aragonés, has tenido que apechugar con un idioma extranjero a pesar de tu larga estancia en Reus. Has creado algo extremadamente rico, ya que esta traducción podrá ser difundida no solo en España sino en otros países de habla española, como América del Sur, América Central, México, Cuba, e incluso en algunos estados del sur de Estados Unidos (¡la patria del DSM!) donde mucha gente habla español.

Para completar esta prosa quizás un poco árida, sugiero algunos versos de otro Gabriel, Gabriel Celaya conocido sin duda y que corresponde a lo que sentimos acerca de nuestro trabajo:

LA POESÍA ES UNA ARMA CARGADA DE FUTURO

*Me siento un ingeniero del verso y un obrero  
que trabaja con otros a España en sus aceros.  
No es una poesía gota a gota pensada.  
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.  
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.  
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.*

Celaya fue un poeta. Nosotros, somos probablemente ingenieros, obreros en otro campo, que es preciso continuar arando, llamado psiquiatría.

«Estamos hechos de la misma materia que los sueños», dijo Shakespeare.

En este texto, se trata, a menudo de una tela, del tejido, y sin duda, también de rasgaduras y de duelos. Tejido entre la función poética y la psicoterapia, entre la razón y la locura, entre los encuentros interpersonales.

Así, la palabra teje nidos para cada uno con filamentos, fibras, diversas menudencias. A veces, compuestos de fibras duras prestadas de las ciencias llamadas duras, otras a las ciencias llamadas sin duda errores humanos, otras aun dañadas por la experiencia y las inevitables pruebas, por no hablar de la fibra poética. Esta fibra, si es que existe, no significa necesariamente que sus propietarios sean poetas. Pero pueden acceder más fácilmente a la función poética del lenguaje, sin el cual no podríamos comunicarnos de verdad con los demás.

ANTOINE VIADER  
31 de marzo de 2014



---

# I La función poética del lenguaje



Al ponerme ahora a escribir lo que hace cuatro años dije más o menos en el *Círculo de Reus*<sup>1</sup> a propósito de una de las lecturas posibles de la obra poética de Gabriel Ferrater, me doy cuenta de que me quedé corto en las explicaciones previas y complementarias necesarias para evitar malentendidos.

Escribir presenta exigencias propias que contrastan con el lenguaje hablado y los posibles lectores también se distribuyen en un abanico distinto al de los auditores de una conversación más o menos pública o privada.

Recuerdo, sin embargo, que el Dr. García Ibáñez –que era presidente de la *Joven Cámara*– que organizó el acto del *Círculo*, ya tomó las precauciones mínimas indispensables para situar la medida y los límites de lo que yo mismo, allí, iba a decir.

Sea como sea, es verdad que su invitación e introducción a la conversación venía a cuento porque, como se sabe, Gabriel Ferrater era hijo de Reus como la mayoría del auditorio presente y yo mismo. Se podía prever así que lo que diría allí despertaría un interés común. En particular, y como también estaba previsto, hablaría especialmente del poema inaugural *IN MEMORIAM* donde Biel<sup>2</sup> escribe hechos en los que la gente de Reus ha participado como actores, víctimas o testigos: explica páginas vividas que marcan o han incidido en la vida de nuestro pueblo y en la vida de cada uno de sus habitantes. Es verdad que las jóvenes generaciones solo han recibido los rebrotes verbales, aquello que se ha dicho, pero no

1. Sociedad de Reus, con cierto estilo de los Clubs ingleses.

2. Diminutivo de Gabriel (NT). Seguirán notas a pie de página de tres categorías: Notas del autor (NA); notas del traductor (NT); y notas de Antoine Viader, traductor de la edición francesa (NAV). En relación a las páginas mencionadas a lo largo del libro ver la Nota bibliográfica.

por eso se puede asegurar que lo que pasó y sus huellas no intervienen en sus posibles trasiegos.

Consideremos, sin embargo, que si no negamos el interés que puede nacer de las convergencias que llevan a cobijarnos a la sombra del campanario, lo que querría decir y escribir, de hecho, echan raíces y se nos enroscan hidras que siempre nos mortifican o nos halagan. La mosca borriquera de las emociones nos parasita y llega a ser a menudo de mal consejo. En todo caso, sus vuelos imprevistos nos distraen la atención y nos llevan hacia toda clase de trampas, de malentendidos y de fascinaciones que no se adecuan ni con mi propósito ni con mi tarea.

Más valdría, pues, tomar en consideración lo que también dijo el Dr. J. García Ibáñez en el Círculo, que aclara y sitúa mi perspectiva particular cuando examinamos, por primera vez, lo que Gabriel Ferrater decía en su poema. Fue, en efecto, en una de mis estancias en el Institut Pere Mata –entre los compañeros y amigos que allí nos encontramos desde hace muchos años en una tarea de formación profesional mantenida entre todos con regularidad– cuando ilustré con el examen de *IN MEMORIAM* el fenómeno que después de los trabajos de Jakobson se denomina «la función poética del lenguaje». Para nosotros, pues, se tratará de una exigencia profesional, sobre la cual me explicaré aquí poco a poco.

Las estructuras del lenguaje y de los hechos de palabra (oraciones, curso del discurso y diálogos) pueden ser, en efecto, considerados a partir de puntos de vista diversos y con métodos diferentes. Esta diversidad dependerá de los objetivos particulares de cada investigador. Por lo que nos toca a nosotros y para la práctica de la psicoterapia, todos pueden ver por qué interesa lo que se refiere a la función poética del lenguaje.

No haría falta decir por anticipado que no tengo ninguna pretensión de llegar a ser un crítico literario ni, evidentemente, un lingüista científico. Mucho menos un híbrido «sociolingüista». Pero es cierto que nuestras consideraciones a menudo convergen en muchos puntos encontrando incluso materia o reflexión, si no pautas. De todas maneras, nuestros objetivos van por otro camino, porque en nuestra tarea específica de psicoterapeuta hace falta mirar y analizar todo lo tocante a la palabra bajo un ángulo particularmente diferente del que lo hacen los técnicos o los aprendices de la literatura y la lingüística. Nuestro objetivo, o mejor, el objeto que trabajamos –el discurso del otro– es diferente. Los métodos que se utilizan también. Nosotros esperamos –como iré explicando– que el discurso revele una «otra cosa», precisamente como el mismo Biel refiere en *IN MEMORIAM*; «otra cosa» que el autor del discurso, aunque de

momento «trabaje» o «le trabaje la poesía», solo indica de pasada «pero que de hecho es todavía más importante» (sic). Escuchad a Biel;

- «.....»
- 3 «..... La cabeza me iba
  - 4 «llena de *otra cosa*, que todavía ahora
  - 5 «juzgo más importante. Había descubierto
  - 6 «*Les Fleurs du Mal* y eso quería decir
  - 7 «la poesía, ciertamente, pero
  - 8 «hay otra cosa, que no sé cómo decir
  - 9 «*y es* la que cuenta. ¿La revuelta? No.

Nosotros, en psicoterapia, esperamos que atentos al discurso del otro y especialmente resiguiendo los caminos que la función poética del lenguaje siempre traza, no solamente podamos encontrar esa «otra cosa», sino que se nos facilitarán así ciertas intervenciones en los diálogos psicoterapéuticos donde buscamos obtener del que habla y por su trabajo —el del lenguaje— que él mismo encuentre *esa «otra cosa» y se reconozca*. Por eso el diálogo de la psicoterapia resulta muy diferente del de la vida cotidiana habitual. Hasta cierto punto, se trata de un diálogo que presenta analogías con el que el poeta intenta establecer con sus lectores. Debería decir más bien con los que le escuchan. La poesía, aunque esté escrita con mucho cuidado, está hecha para ser escuchada y se aviene más bien con el canto y la música, que con la gramática normativa y la «lógica». Digamos que, en todo caso, se construye con otra lógica que se ha de descubrir. Por eso nos corresponde dejar que el discurso «poético» siga su propio camino sin interrupciones intempestivas. Por eso, también en psicoterapia, vamos dejando decir lo que se nos dice en una sesión, casi sin decir nada nosotros, lo que no quiere decir que estemos pasivos ni ausentes. Nuestro *propio jadeo* acompaña y puntúa lo que se nos dice —como posiblemente lo hace la guitarra cuando alguien canta como solista—. De modo que casi nunca respondemos concretamente y enseguida, incluso cuando por el mismo texto todos dirían que se nos pide una respuesta inmediata o un consejo. Esto, a menudo, es una provocación. El que habla, que podría construir el texto más o menos poético, intenta huir lo más pronto posible de esta eventualidad. En todo caso, se nos hace entonces imposible ir comprendiendo los movimientos internos del discurso que, como veremos, es de lo que precisamente se trata. Tampoco —aunque a menudo se piensa así— interrumpimos el discurso con «interpretaciones» a menudo inoportunas. Podemos, está claro, escoger *intervenciones* o *no-intervenciones* en el diálogo explícito, que si se hacen con prudencia y

técnica cuidadosa, tan solo sirven para facilitar –así lo esperamos– que el agente de la palabra dicha –el autor del discurso que escuchamos– pueda salir de los obstáculos que encuentra y entre los cuales se encuentra y donde a veces se pierde «él mismo». Esta aparente pasividad del psicoterapeuta llega hasta el *punto operatorio* de elidir todo lo que nos llevaría a juzgar de cualquier manera lo que dice y en particular considerar desde el inicio al autor como un loco o un «enfermo». Ningún criterio previo de salud mental es operatorio.

Por parte de los médicos –y en todo caso no dejo yo de hacer de médico incluso cuando hago psicoterapia– puede parecer paradójico decir que no conviene en la práctica cerrar y atrancar con nuestras propias «ideas» apriorísticas, lo que puede decir, a duras penas, el que nos habla. Hacer eso minaría su propio trabajo, es decir, sus propias eventualidades diversas de una tarea verdaderamente fundamental para él y en la cual, en cierta medida, nos comprometemos. Poner etiquetas monográficas, en este momento de la práctica psicoterapéutica, es hacer de enfermo y de médico, dos ciudadelas absolutamente incomunicadas y petrificadas. Interviniendo en el discurso con mucha frecuencia, incluso cuando el médico cree de buena fe que ayuda al enfermo a hacer su propio trabajo, no se hace más que fortificar y ampliar las murallas que todo el mundo se construye, más o menos, para proteger al sujeto de quién sabe qué peligros internos o externos: protección y defensa que de todas maneras nos privan casi siempre y privan al sujeto de todo su movimiento, de su dinámica y de su eficiencia.

Del «sujeto» hablaremos a menudo aquí. Dejarme decir por ahora, únicamente, que no es la misma cosa de la que a veces –casi siempre– hablamos, si consideramos como tal el «yo consciente de sí mismo».

El «sujeto» que se constituye en el centro de interés de todas las tareas de la psicoterapia, solo se entrevé en el mismo nido que le hace el lenguaje. Si las cosas van como deben ir –quiero decir, a satisfacción de cada uno y de la gente con la que uno tiene tratos– el sujeto solo juega al «te veo, no te veo» entre los elementos fónicos y significativos del discursar de cada uno con los otros que encuentra o se imagina. Ahora, si como pasa a menudo esto parece carecer de importancia en las decisiones prácticas, de hecho no podemos dar ni un paso sin que desde allí mismo, *desde el lugar del sujeto* –que no significa nada– salgan las cuestiones a las que cada uno ha de responder: las cuestiones que nos singularizan y nos identifican –no solamente para los otros, sino para nosotros mismos–. Por eso, no hace falta decir que en nuestros trabajos de psicoterapeuta, la problemática del sujeto –y no la del yo– es

central. Ninguno de «nuestros enfermos» (?) va por el mundo –aunque a veces lo disimule– sin preguntarse a sí mismo por la problemática de su *identidad*, de su *singularidad*: con ello padece mucho y se da respuestas que solo le sirven para huir. Es relativamente fácil definir el estatus social, aquello que somos o que representamos. Pero nos resulta a todos más difícil saber «quiénes somos» en realidad. ¡Que se lo pregunten a la gente que nos conoce y con la que vivimos!, ¡las «sorpresas» nos «sorprenden» entonces! Son cosas banales; pero, de hecho, las olvidamos a menudo. Hay conocer y conocer. Y a menudo decimos «conocer» lo que ciertamente constituye un verdadero disfraz, o una voluntad (?) de no conocer a algún otro; o todavía más frecuente, no conocer quiénes somos «nosotros mismos». Y, a menudo, viene entonces aquel tipo del *nosce te ipsum* forzoso del que habla Biel en el «Poema Inacabado» y que resulta ser tan solo «lo que piensan los otros» (a priori), los médicos (por ejemplo), «de quien hace poemas».

Hay que decir que la lectura de la obra poética de Gabriel Ferrater nos puede servir de ejemplo ilustrativo del hecho de que cada poesía, constituye un solo conjunto más o menos ligado de la primera palabra a la última. Y con esto quiero decir que cada sesión de psicoterapia, de la primera palabra a la última –el discurso producido en aquel momento– forma un conjunto. Jakobson nos enseña cómo, si queremos poner de relieve la función poética del lenguaje en un poema, por ejemplo, habremos de tener en cuenta siempre y exclusivamente los itinerarios que trazan los elementos que entran en juego y en los trasiegos del poema –en su conjunto–. Solamente si uno está en disposición de escuchar la totalidad del discurso o el poema, podrá ir puntuando los cambios y revueltas, las alternancias, las oposiciones de los «elementos» o «subgrupos de elementos» que allí se configuran.

Decía a los compañeros del Institut que no conviene intervenir nunca en cualquier momento y desviar el curso del discurso –aunque fuese con respuestas o intervenciones que nos parece que encajan verdaderamente–. Pero tampoco conviene, como el mismo Jakobson dice, a propósito de las funciones del lenguaje, –*buscar las referencias fuera del mismo texto*–. La función referencial, la llave o el código, que nos permite entender las ligazones y los cortes de lo que allí se dice, *solo se encuentra en el interior del mismo* –digamos– *poema*. Cada poema de los que ha escrito Gabriel tiene que ser leído de punta a cabo en el mismo texto concreto. Si se quiere encontrar la «razón» o la «lógica interna» no vale buscarla fuera de mismo texto. Está claro que nosotros, o la misma familia o amigos del enfermo (?), cuando de antemano ninguno de ellos

comprende nada de lo que este dice o hace, intentan buscar la llave del enredo por referencias exteriores al propio enredo. Es entonces cuando los médicos sabios (!) o la ingenuidad de los que quieren al enfermo, comienzan a alejarse a oscuras.

Ahora bien, también es verdad, y sobre todo esta primera parte de lo que voy escribiendo aquí lo testimonia, que nos hace falta tener en cuenta la sucesión de los poemas, ni más ni menos como tendríamos en cuenta lo que pueda no haber sido incluido en una de las sesiones de psicoterapia y que se desarrollará en otras sesiones futuras. Entre los diversos poemas no solamente hay una continuidad en el estilo asumido voluntariamente por el autor; también hay cosas que saltan de una hoja a otra. La sucesión de los poemas o de las sesiones, también testimonian la evolución del trabajo en que «se elabora y per-labora» el sujeto, que, como decimos, en cada instante se realizará con lo que va diciendo el autor y no por encantamientos, ni por juicios o «decretos» de la sola voluntad de los unos o de los otros.

Digo todo esto –que supongo relativamente inesperado para la mayoría de los lectores– porque debemos testimoniar aquí, en primer lugar, lo que constituye el objeto mismo de nuestra tarea profesional, tan a menudo desconocida e incluso renegada por todos y –por qué no decirlo– también por muchos psiquiatras o aprendices de psiquiatría, que quieren en efecto desligar –quién sabe qué y quién sabe quién– de aquello que ellos suponen, con razones sobradas, que constituyen las múltiples cargas que pesan sobre cada uno. Sienten, evidentemente, la afrenta. Pero sienten repugnancia a considerar cualquiera de las dinámicas conflictivas en las cuales el «sujeto», siempre precario, enigmático o funámbulo, se constituye, circula y fructifica. Hoy, como siempre, pero quizás todavía más con la relativamente fácil y a menudo facilitada apropiación que puede hacerse desde los circuitos de propaganda, se formulan toda clase de escapatorias del oficio *desde el mismo lugar en el que se puede escuchar el jadeo del sujeto*. Don Quijote y Poncio Pilatos se dan la mano para enhebrar las perlas deshenebadas que se ponen al cuello de la dama biología y de la dama sociología. No importa con qué dama daría gozo salir de sarao o al baile de gigantes en que unos y otros creen que consiste la vida y la existencia. De hecho, el pathos de la «psico-patología» busca y se desliza por las manifestaciones, por lo que se dice –o medio dice– donde se ve o se esconde el «sufrir» que todos y cada uno trabajan a su manera. Y es verdad que cada uno va construyendo a trancas y barrancas –como puede– el *personaje* que querría representar y la *persona* que se presupone recogerá «las páginas vividas...» de las que se constituirá –se supone– el

guardián y el redistribuidor, a imagen de las páginas vividas del Patufet,<sup>3</sup> de aquella que fue, en todo caso, mi infancia. Quiero decir, precisamente, de las páginas vividas que van por el camino de una memoria y quién sabe si también por una voluntad guiada por deudas y deberes o pautas asumidas. Esto, claro está, comienza de esta manera desde el momento en que a uno le parece que todo llega a ser o puede llegar a ser «conciencia transparente a ella misma»; el objeto mismo que, como el pez que se muerde la cola, circula por los tratados de psicología y de filosofía.

Remarquemos, de pasada, que el uso del concepto de persona todavía oscila empero por los campos semánticos y axiológicos que han puntuado la historia: de una parte, la denotación de la «máscara-portavoz» del teatro griego, un «yo de representación» ante un público de una comedia o drama, en los que el actor no es precisamente el autor de la palabra dicha y retransmitida. De otra parte, la *concepción jurídica* que de la persona ha hecho el Derecho Romano, en el entrecruzamiento de los derechos sagrados de la propiedad privada o del patrimonio y de la «buena palabra» modulada progresivamente por el cristianismo en su discurso no menos sagrado.

Ahora bien, ni los trasiegos ni las desilusiones del personaje, ni los avatares de la persona y de los hechos de conciencia —que enseguida nos parecen arraigar en el «yo que habla» o en el «yo a través del cual uno habla de sí mismo»<sup>4</sup> no enfocan lo que nosotros queríamos aclarar con el concepto de sujeto, del cual se puede decir que fluye con las palabras a menudo medio dichas o mal entendidas en el entrecruzamiento de la trama tejida «compuesta-descompuesta»; palabras que, en todo caso, son permutables y brincan por las variadas combinatorias y van por el río y los regatos del discurso. Por eso tendremos que atrapar la letra al vuelo, sujetarla y soltar sedal, como a un pez que se deja ir según el curso del río.

En todo caso, ni el pescador ni el terapeuta se pueden dejar embaucar por los cantos de sirenas ni cautivar por lo que tiene sentido para el emisor del mensaje y quizás para el que va dirigido el discurso. Esto no quiere decir que no lo tengamos en cuenta. El hecho de que cada uno vaya eligiendo a quién se dirige tiene una gran transcendencia. La elección es significativa, porque con quien proceda, podremos tratar precisamente de intercambiar alguna «otra cosa». Con frecuencia «la otra cosa» no siempre se revela con las palabras ni con las oraciones más exitosas o brillantes. La otra cosa, quizás pase del uno al otro por las grietas o los cortes y las

3. Revista infantil en catalán muy leída en la primera mitad del siglo xx. (NT)

4. En los «enunciados», en posición de sujeto gramatical de una oración. (NA)



vueltas inevitables de un «Poema Inacabat»<sup>5</sup> o de una «Cançó Idiota».<sup>6</sup> Otra cosa que va con todo lo que se canta y nos encanta, y de la que intentamos escaparnos entonando otras canciones con otras personas que también nos conmueven y que a veces nos turban el entendimiento.

Sin embargo sería excesivo considerar esto, las melodías acompañadas o rítmicas de los discursos, como la única cualidad de lo que se toca y nos toca en los intercambios en cuestión: hay música y hay letra.<sup>7</sup> También se sabe que «por encima de nuestros cantos se despliegan *senyeres*»<sup>8</sup> que dan luz y fuerza a los que cantan juntos. No es imprescindible haber frecuentado de pequeño el Orfeón de Reus –como fue mi caso– para poder comprender el alcance de estas *senyeres* en cuestión. Alzan el vuelo allí mismo donde se inicia el canto. Pero esto no nos puede hacer olvidar que cada tierra hace su guerra y que las «paradas» de enseñas son casi innumerables. Es verdad, que en nuestra casa, enseñas y *senyeres*<sup>9</sup> van a menudo juntos o en todo caso reúnen o juntan a todos los que quieren ir juntos por agrupamientos diversos. Hablar aquí de una diferencia radical y discontinua entre grupos de cantores naturales y artificiales, llevando –visibles o invisibles– sus propias enseñas, casi no tiene sentido. Pertener a una tribu, a una familia o a una nación que no hemos escogido no deja de hacer tampoco, por así decirlo, de estos colectivos naturales «un grupo de arrejuntados» por afinidades electivas, aunque se peleen, como también se pelean en cualquier grupo artificial. A menudo encontramos *cuatro hombres contra un hombre solo*, como en la Taberna de Mallol.<sup>10</sup> Pero es cierto que con la fascinación de las enseñas, y hasta con la música, a menudo no se puede seguir la letra de lo que se canta. Que es lo que cuenta aquí. Aunque para cada uno, de todas maneras, lo que cuenta en primer lugar es ser del grupo o no serlo.

5. DD68, p. 105. *Poema inacabado*. Lumen 2002, p. 141. (NT)

6. DD68, p. 179. *Cançó idiota*. Lumen 2002, p. 227. (NT)

7. Un sonido no es un signo lingüístico y a pesar de que la música puede construirse con lo que será un conjunto de sonidos que evolucionan en el fondo musical independientes unos de otros y suspendiéndose verticalmente, como dice con razón sobrada Anna Bofill Levi –en un texto de homenaje a Biel–, tan solo trabaja el registro fónico. La problemática que hace el nido del sujeto humano no apunta por ahí. En el mejor de los casos, la polifonía recoge más o menos diversos y complejos «cantos de los pájaros». (NA) *El cant dels ocells* es una canción tradicional catalana interpretada, en particular al violonchelo, por Pau Casals. (NAV)

8. Enseñas, banderas. *Senyera* se denomina la bandera de Catalunya. (NT)

9. Juego de palabras entre *senyera* y *seny*. (NT)

10. Verso de una canción popular catalana. (NAV)